

ORACION ATENAGORICA

POR ANTONIO GOMEZ ROBLEDO

(Versión castellana)

Aunque casi todos los días, y con ocasión del ejercicio de nuestras habituales disciplinas, está la imagen de la Universidad fija en lo más profundo de la mente, acontecióme esto sobre todo al acercarse esta clarísima festividad centenaria en que habíamos de celebrar aquel día memorable en que el Emperador Carlos Quinto determinó crear y enriquecer esta grande Casa de Estudios. Gran honor fué por cierto para la Nueva España, y lo será por siempre para la nación mexicana, aquella elección felicísima, hecha casi al mismo tiempo que el Emperador acordó igualmente erigir en el Perú la Universidad de San Marcos.

Y por más que en su mismo umbral parezca apartarse un poco mi discurso de su propósito, querría con todo recordaros, contando con vuestra venia, cómo poco tiempo después, gracias al cuidado y diligencia del Virrey y de los mismos habitantes de la capital de Nueva España, recibió su ejecución el imperial decreto, dándonos así con este hecho un justo título para que con toda razón podamos llamar a esta Universidad primera, sin otra calificación, entre todas las otras del nuevo mundo americano.

Si otra cosa, empero, pareciere a vosotros, amigos del Perú, recordad, si os place, aquel viejo proloquio, parafraseando cuyos términos podría yo decir que con sernos el Perú tan querido, lo es aún más la verdad. Por lo demás, se me antoja que toda esta querrela entre las dos ilustres Universidades por el primado temporal, no pasa acaso de ser una discusión académica entre platónicos y aristotélicos, de los cuales aquellos atienden más a la idea arquetípica, al paso que estotros al acto positivo. En lo que ve a nosotros, adictos a Aristóteles, y que con él declaramos que "el ser sin otra modificación es el ser en acto", ninguna duda puede cabernos sobre el primado de nuestra Universidad, inaugurada antes que todo otro centro de estudios superiores en toda la extensión del Nuevo Mundo. Gloríese enhorabuena la hermana Universidad de San Marcos de haber estado la primera en el acuerdo de la mente imperial o aún si se quiere en la letra de las cédulas reales, que nosotros nos gloriaremos con razón de haber sido abierta nuestra Universidad, antes que todas, a la luz del sol, en el fulgor del acto, en la concreción de la piedra y del verbo, en la asociación visible de aquellos clarísimos maestros que con esforzada constancia se entregaron a su faena. No se trata, en suma, de la idea de la mente ni del decreto de la voluntad,

sino de la cosa misma, o sea de la iniciación de los trabajos, en lo cual y por lo cual somos sin duda los primeros.

Llamado pues en este día para pronunciar la loa de esta Universidad, que ha tenido tanto acrecentamiento y lustre en la sucesión de los siglos, estoy tan lejos de juzgarme idóneo para hablar de tan alto tema, que apenas si me atrevo a esperar vuestra indulgencia. ¿Cuál es entonces la causa de que, dando de mano a este sentimiento de pudor, haya optado por parecer en vuestra presencia para hacer frente a este empeño por extremo difícil? ¿Por qué decidí echar sobre mí este peso para cualquiera temeroso? Una cosa tan sólo puedo aducir en mi favor para justificar tamaña temeridad, y consiste en los vínculos en absoluto preferentes que me ligan a esta Universidad, a cuyo estilo de vida he estado siempre adicto, a despecho de los muchos años que he pasado en el extranjero con el fin de defender y fomentar el prestigio de la República más allá de nuestras fronteras. Mas dondequiera y siempre, en medio de los quebrantos del destierro, he guardado fielmente el recuerdo de todos vosotros y más en especial el de esta gratisima Casa que es mi permanente domicilio espiritual, y a la cual no sólo de palabra, sino de lo íntimo del corazón acostumbro llamar "Alma Mater", como quiera que de ella, después de mis padres y primeros maestros, aprendí y tomé este tenor de vida que se emplea en la investigación de la verdad, en el amor de la justicia, en el goce de la belleza, cosas todas a las que ninguna otra puede exceder en alteza ni excelencia. Así pues, no creí que por motivo alguno pudiera rechazar la invitación de nuestro ilustre Rector el doctor Luis Garrido, antes bien estimé como un deber inexcusable el venir a esta capital a tomar parte en vuestra alegría

común. Pueda mi amor por la Universidad ayudarme a desempeñar airoosamente mi cometido, mitigando, si no superando, los defectos de mi oración en su alabanza.

Queriendo pues hacer el panegírico de la Universidad, y teniendo por imposible encerrar en los límites de este discurso la historia de sus grandes hechos, paréceme que, de acuerdo con mi capacidad, cumpliré con mi deber si con vosotros examino atentamente la idea de la Universidad, no sólo en general, sino en esta su concreción histórica, simultáneamente en su aspecto perenne y en su temporalidad, a fin de que esta oración no parezca un homenaje vano, sino una renovación viviente de aquel primer acto existencial de nuestra institución.

Aunque distantes en el tiempo de nuestros clarísimos fundadores, muchas cosas, la mayor parte, nos son comunes con ellos: edificios, pórticos, aulas, claustros, calles, en esta misma ciudad tan hermosa ya entonces y tan propicia a la actividad intelectual en razón de la sutileza del aire y de la amenidad del sitio, en cuyo horizonte el niveo resplandor indeficiente, engastado en verdor, es apacible alimento del sentido y dispone a la contemplación. De impedecederla verdad es aún hoy el verso de Landívar:

"México, de sus varones y de sus riquezas ufana."

Muchas más cosas, empero, más de las que podría enumerar, nos son comunes con aquellos precursores nuestros en el orden específicamente humano y cultural. Es la misma nación, sólo que ahora independiente y libre de todo ajeno yugo, con iguales hábitos intelectuales y sentimentales, y cuyo primer deber (como para los universitarios de entonces) consiste en que todos los bienes que atañen a la conservación y dignidad de la vida: instrucción, cultura, sustento, vestido, salud, sean accesibles no sólo a nosotros, sino a todos aquellos que aún están, con respecto a esos bienes, en tinieblas, y padecen tan gravemente el flagelo de la ignorancia, del hambre y de la enfermedad.

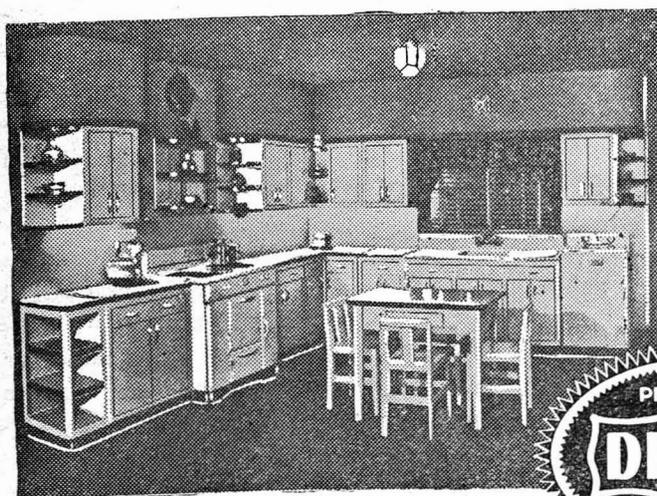
Nos servimos hoy, además, del mismo idioma usado por nuestros mayores cada año en la inauguración de los cursos y cada día en la enseñanza de las diversas disciplinas, así en las avanzadas como aun en las incipientes. Nos servimos de él en homenaje a esta lengua latina, que fué el conducto por el cual todo aquel acervo de conocimientos y valores que constituye la cultura grecolatina, emigró a todos los pueblos del Occidente y después a los de estas Indias Occidentales para hacer de todos ellos un solo cuerpo político, jurídico y religioso. Esa lengua, en efecto, por más que pueda ser inferior a otras en sutileza o flexibilidad o riqueza verbal, aventaja con mucho, a todas en su sobresaliente claridad formal y en su comprensiva brevedad, merced a cuyas dotes ha resultado ser un vínculo apropiado entre los hombres y el más apto vehículo para la trasmisión del pensamiento. Es ella la lengua de la razón y del derecho; y al usarla en esta solemnidad, es nuestro designio corroborar una vez más que las ideas plasmadoras de nuestra comunidad son la razón y el derecho.

Por otra parte, no he dejado de temer que ciertos vocablos escolásticos, disonantes de la pureza ciceroniana, puedan molestar los finos oídos de algunos entre vosotros. El recurso a ellos, con todo, lo tuve por necesario, ya que fué mi deseo exponer ante vosotros, lo más fielmente posible, la esencia y misión de la Universidad y de acuerdo con su evolución contemporánea. Por lo cual querría que no sólo fueseis indulgentes con mi ignorancia, sino que tuvieseis cuenta de la pobreza del latín clásico; pobreza reconocida por sus mayores escritores, a la cabeza de los cuales está Lucrecio, que autoriza como ningún otro la licencia de que hablo, al decir:

"Hay que tratar muchas cosas con peregrinos vocablos, por el asunto tan nuevo y por la lengua tan pobre."

Con el deseo pues de poner de manifiesto la idea ejemplar de nuestra Universidad, pienso que debemos tener siempre presentes a nuestra atenta consideración aquellas palabras de la real cédula fundatoria de esta institución, en cuyos términos acordóse fundar "un estudio y Universidad de todas ciencias donde los naturales y los hijos de españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades".

He ahí pues la razón de ser de esta Universidad, a saber: la enseñanza de todas las ciencias en beneficio de los nativos y de todos los que aquí llegaren, principalmente hijos de españoles, por los cuales hay que entender hoy, si no me engaño, los habitantes y ciudadanos de Hispanoamérica. Si descuidáramos atender a cualquiera de ambos fines (la universalidad en la docencia y la consideración de su destinatario), se nos vería como infieles a



CONVIERTA SU COCINA EN UN RINCON BELLO Y AMABLE...!

MUEBLES
Metálicos
Seccionales



nuestra tradición ancestral no menos que a nuestro deber.

“Universidad de todas ciencias” fué llamada esta Casa: esto es, de todo conocimiento cierto de cualquier cosa inteligible, como quiera que, según sabéis suficientemente, “ciencia” significaba entonces en romance (en latín retuvo siempre tal sentido) no sólo el conocimiento empírico o deductivo inferido de los fenómenos de la naturaleza o de los accidentes de la materia, sino también, y aun diré que sobre todo, este otro conocimiento principal (por ser príncipe y principio de todos los otros) que tanto los hombres de aquel tiempo como nosotros llamamos filosofía, y que atañe a la investigación de las últimas razones de todas las cosas, desde la profundidad del yo hasta la suprema Causa de todo el universo. Más aún, estimamos todo conocimiento como cierto, cualquiera que sea el camino recto por el que hayamos podido alcanzar la certeza propia de tal disciplina. Con esta dilatada amplitud daban curso a su inteligencia y a su ardimiento aquellos nuestros mayores, sin poner límite alguno en absoluto ni al objeto ni a las facultades ni a las fuentes del conocimiento. Por varias causas, ya fuese en razón de los azares y penurias de los tiempos, ya por la dificultad de las comunicaciones, o por otra circunstancia cualquiera, la cultura mexicana en la época colonial puede acaso parecer a veces un tanto desigual o limitada; pero, lo que más importa, la inteligencia de aquellos hombres estaba abierta sin reservas a recibir de donde fuese la inspiración del saber. No es de extrañar, en consecuencia, que en todo el tiempo en que la filosofía fué tenida por conocimiento inútil o pasatiempo intelectual, la Universidad de México haya sido herida de muerte, con cuyo sincronismo hemos de entender que tanto el nombre como la esencia de la Universidad son de todo punto inseparables del conocimiento en toda su universalidad.

Biblioteca Mexicana

1. ENRIQUE F. GUAL. *Repertorio de Capiteles Mexicanos*. Prólogo de Salvador Toscano, con 64 ilustraciones, \$ 15.00.
2. ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE. *La Güera Rodríguez*. 4ª edición, \$ 15.00.
3. ANDRES SERRA ROJAS. *Antología de la Elocuencia Mexicana*. 1900-1950, \$ 15.00.
4. OSWALDO ROBLES. *Filósofos Mexicanos del siglo XVI*. Con 16 grabados, \$ 20.00.
- 5-6. ALBERTO J. PANI. *Apuntes autobiográficos*. 2 tomos.
7. EDUARDO J. CORREA. *Biografía de Mons. Rafael Guízar Valencia, “El Obispo Santo”*, \$ 12.00.

EN PREPARACION

Obras de Agustín Millares Carlo, José María González de Mendoza, etc.

**LIBRERIA DE
MANUEL PORRUA**

5 de Mayo, 49-6. MEXICO, D. F.

Si, por tanto, deseamos para nuestra querida Universidad una vida lo más larga posible; si hemos de defenderla de toda otra catástrofe en el devenir de los tiempos, no excluyamos de su enseñanza ninguna disciplina que con apoyo en los datos sensibles, o en la abstracción intelectual, o en la intuición interna, o en una tradición irrefragable, sea apta para alcanzar la verdad o promover el bien.

En aquella pasada plenitud de sus tiempos, cuando estuvo abierta a todas las provincias del saber, la Universidad de México, como estrella guiadora, irradió sobre toda Nueva España, a tal punto que de aquí y de allá, hasta los últimos confines de la patria, en ella desembocaba todo apetito de un saber más amplio, alumbrado en cualquier punto del territorio. Conocida es de todos vosotros aquella anécdota de Sor Juana Inés de la Cruz, quien siendo niña aún y relegada en su pobre pueblo, cautiva en la soledad de sus bosques, concibió deseo ardentísimo de venir a México en cuanto llegó a sus oídos la fama de la Universidad, con sólo lo cual, ardiendo en amor de sabiduría, rogaba insistentemente a su madre que la dejara venir a estas aulas, así fuese disfrazada de varón.

Mientras mantenga su vigor entre nosotros este amor intelectual, que percibimos maravillosamente en nuestra Sor Juana como en su arquetipo, no hay duda que ha de medrar con lozanía la Universidad de México; y mientras la ciencia y el saber se persigan por sí mismos, esta grande Casa de Estudios será llamada con pleno derecho Casa de la Sabiduría. Y si a este deseo de saber se añade cierto apetito de excelencia (para servirme de una locución ciceroniana), este apetito, que no hay por qué dejar de fomentar en nuestros jóvenes, infundirá en éstos seguramente alientos para emprender mañana la gestión de los intereses públicos, toda vez que la inteligencia no nació para servir, sino para mandar. No he de hacer siquiera mención del afán de lucro que habéis de despreciar como algo por debajo de la condición del hombre; pero en cambio, es del todo propio del varón liberal y adiestrado en las más altas disciplinas de la cultura este apetito de supremacía, que llevará algún día a nuestros estudiantes a los puestos directivos de la República, cuyo fundamento debe ser la clase intelectual. Por cierto que esta supremacía fué enérgicamente postulada para nuestra clase por los mayores filósofos de la humanidad, como Platón y Aristóteles; y más aún, la Idea misma de la Universidad tiene en sí un aire de imperio, según aquella expresión de John Henry Newman: “Lo que es el imperio en el orden político, eso mismo es la Universidad en el mundo de la filosofía y las ciencias. Ella es el poder soberano que protege y coordina todo saber.”

No hablo en todo ello de una vana aspiración, sino que podemos decir hoy

que ese voto se ha cumplido en la persona de nuestro ilustre Presidente don Miguel Alemán, ex alumno de esta Casa de Estudios y elevado hoy a la suprema magistratura del país, desde la cual atiende con todo empeño al engrandecimiento y consolidación de la Universidad.

Lo que, con todo, debe importarnos sobremanera, es mantener diligentemente la jerarquía en los fines de la educación, de suerte que tenga siempre la primacía el afán de saber por el saber mismo, aunque ninguna ventaja nos resulte de su consecución. Esta es y ha sido siempre nuestra tabla de valores: estimar el conocimiento ante todo y esencialmente como un bien intrínseco de la inteligencia, y sólo secundariamente ver en él un instrumento o poder auxiliar para ser empleado como un útil en la obtención de los bienes económicos de la vida humana. Esta es cabalmente aquella educación prócer y liberal que más que otra cosa alguna ambicionamos para nuestra Universidad; educación que es precisamente llamada liberal no por cuanto implica el ejercicio de las facultades intelectuales (hasta en los mercaderes encontramos tal ejercicio), sino por y en cuanto que se opone a la educación servil, que es a su vez llamada así en razón de que forma al hombre de tal suerte que lo lleve a rendir la ciencia y la sabiduría al servicio de la riqueza y del poder. Es así como vemos en la Universidad una especie de seminario de las virtudes intelectuales, en cuya cima tiene su asiento la sabiduría sobre las artes y ciencias particulares, y mucho más sobre toda disciplina práctica. Así pues, deseando hoy inculcaros, antes que toda otra ambición, este amor intelectual o apetito de sabiduría, atrevíme a llamar a esta oración “atenagórica”, esto es, en alabanza a Atenea, diosa de la sabiduría, toda vez que quería yo, el último de sus siervos, hacer que mis palabras redundaran en su encomio.

He de decir además que no entiendo la sabiduría como erudición estéril o como indigesto acervo de conocimientos almacenados en la memoria, sino como estado de la inteligencia, como la virtud intelectual que señorea a todas las de su especie, como también a las virtudes morales; virtud que se emplea tanto en coordinar las conclusiones de las ciencias como en la intuición de los primeros principios, ya en el orden teórico, ya en el práctico, teniendo en fin bajo su apacible imperio, de manera maravillosa, toda la vida humana y toda la naturaleza. El culto de la sabiduría es para mí (lo diré de paso) el camino más cierto por el que toda Universidad, que de suyo no tiene que ver sino con el aprendizaje intelectual, pueda tener acceso a la vida estética y moral del hombre, en cuanto que por virtud de la intuición valorativa, aplicada a todo el mundo de los valores, se dispone el alumno,

en lo que es posible a la influencia del maestro, para abrazar el bien y discernir la belleza.

Tengamos pues a la sabiduría por el sumo bien. Mas como el bien, a lo que se dice, tiende más que nada a difundir su energía, de ahí que vuestro saber, alumbrado en esta ciudadela y fortaleza del espíritu, habrá de irradiar a todos vuestros conciudadanos, cumpliendo así concienzudamente aquel grave deber de que antes os hablé. Si la benevolencia es sentimiento que nos instiga con respecto a todos los hombres, nos impele sobre todo hacia nuestros connacionales, y de éstos con preferencia en favor de aquellos afligidos por el dolor o la miseria. Y así, los más eminentes maestros de esta Universidad, en ocasión de sus mayores fastos, recordaron constante y vigorosamente ese mismo deber que ya estaba de manifiesto en la cédula de Carlos Quinto. Así lo hizo Juan Bautista Balli, quien en su célebre “Oración en elogio de la jurisprudencia”, pronunciada en esta ciudad en el siglo dieciséis, afirmaba que la Universidad de México había sido erigida “para subvenir a la miseria y pobreza de los indios, y levantar su condición postrada y menesterosa”. Así también, y no hace tanto tiempo, aquel magnífico restaurador de esta Casa de Estudios, el maestro Justo Sierra, al rematar su espléndido discurso con aquella estremecedora evocación de la diosa de la sabiduría, con sangre mexicana en sus venas y acudiendo presurosa en defensa de la patria. Esta misma *Athena Promachos* o sabiduría combativa, está aquí hoy ante nosotros para recordarnos una vez más que el hombre no ha nacido sólo para sí (según leemos en una carta de Platón), sino para la patria y los suyos, de tal suerte que apenas si puede reservarse una mínima parte de su ser. Ni pen-

ULTIMAS NOVEDADES DE LA EDITORIAL “JUS”, S. A.

POINSETT, HISTORIA DE UNA GRAN INTRIGA, por José Fuentes Mares. La interesante y documentada narración de cómo se preparó la anexión de más de la mitad del territorio de México a los EE. UU. 328 pp. y 15 fotografías de documentos reveladores. Mide 21 x 15.5 cm. \$ 20.00 ejemplar.

NOTAS SOBRE MEXICO, Por Joel Roberts Poinsett, Primer Ministro de los EE. UU. en México. Traducción de Pablo Martínez del Campo. Prólogo y Notas de Eduardo Enrique Ríos. Apéndice con una colección de documentos importantes. 512 pp. más 1 mapa. Mide 21 x 15.5 cm. \$ 20.00 ejemplar.

MEXICO TIERRA DE VOLCANES, DE HERNAN CORTES A MIGUEL ALEMÁN, por J. H. Schlarman. Genial visión de México y sus problemas pasados y presentes, y un certero enjuiciamiento de los principales personajes de nuestra Historia. 2ª edición. La primera se agotó en sólo 4 meses. 728 pp. Mide 23.5 x 15 cm. Precio popular, \$ 15.00 ejemplar.

Pídalos en su librería o a la EDITORIAL “JUS”, S. A.

Mejía 19, México (4) D. F.
Teléfonos: 18-32-34 y 38-24-00.

semos que la sapiente diosa guerrera nos invite ante todo a derramar nuestra sangre en el campo de batalla (por más que la cobardía esté muy lejos de ella), sino a esta otra incruenta y cotidiana lucha que debemos pasar entre trabajos y desvelos para abatir todos los obstáculos que se oponen a una patria más feliz. No he querido, en suma, sino recordaros aquel lema: "Patriae scientiaque amor salus populi est" (El amor de la patria y de la ciencia es la salud del pueblo), que tantas veces habréis leído en el Paraninfo de la Universidad.

Esta sabiduría combativa, o providente por mejor decir, podemos contemplarla plasmada y palpitante en esta imagen pétrea, alrededor de la cual estamos hoy congregados. Después de cuatro siglos, henos aquí de nuevo ante ti, Padre Alonso de la Veracruz, luz y honor nuestro, maestro máximo y fundador de esta Universidad de México; henos aquí ante ti, trayéndote el homenaje de nuestra gratitud. A boca llena y en todo el sentido espiritual del término, te aclamamos Padre, como quiera que nos engendraste a la vida de la inteligencia, que es de todas la vida superior y la que con acabada plenitud resume la esencia de la vida. De ti, en efecto, maestro de todo saber sagrado y profano, príncipe gloriosísimo de nuestros educadores, ha quedado consignado en la historia haber sido el primero en traer la cultura superior a los indios. Fuiste además entre nosotros artífice eximio de concordia y justicia, dotado maravillosamente como estabas de aquella admirable doctrina que es el único fundamento de una paz auténtica, y que como de vivo manantial recibiste de labios de tu maestro Francisco de Vitoria, fundador del derecho internacional. Por último, serás siempre para mí como el paradigma de la vida intelectual, objeto en otro tiempo de mi docencia en esta Facultad; vida que nos mostraste al rechazar resueltamente honores y dignidades para poder entregarte con absoluta libertad a la contemplación de la verdad y al magisterio del saber. Sea pues motivo de alegría para nuestra Universidad el haber tenido desde su mismo origen tan egregio maestro, y de esa alegría participemos todos al contemplar a este varón de quien recibimos la cultura y los primeros fundamentos de la educación superior.

"Luz del nuevo mundo" es el bello título que ha ostentado nuestra Universidad, a lo largo de este año conmemorativo, en sus documentos oficiales. Y con razón sin duda, porque no se trata de un nombre vano, ni siquiera de un mero título histórico, sino que encarna la vocación original de esta Universidad —erigida en la antigua capital de América Septentrional—, vocación que no ha mudado los tiempos y a cuya altura siempre debe estar, consciente de tanta dignidad, esta Casa de Estudios. Con ese lema no quisimos por cierto hacer agravio a tantas ilustres Uni-

versidades esparcidas por toda América, ni arrogarnos ningún imperio intelectual (puesto que en la investigación de la verdad todos somos iguales), sino simplemente denotar la misión especial que nos incumbe, juntamente con los demás pueblos americanos, de crear esta cultura americana que todos deseamos por igual, por más que pueda haber ciertas diferencias entre nosotros en cuanto al sentido de dicha expresión. Hoy en efecto, y me atrevo a decir que mucho más que en aquellos antiguos tiempos del descubrimiento de América, ese ideal es de la mayor importancia, cuando después de tantas y tan lamentales guerras encendidas en el Viejo Mundo, ha venido a tan aguda crisis todo el conjunto de artes, conocimientos, instituciones, costumbres, le-

yes, hábitos de vida, y todo lo demás en general que constituye lo que llamamos cultura. Y no sólo debe ser nuestra América la salvadora de la cultura occidental, sino poner todo su empeño en encontrar la cultura específicamente nuestra, y que ha de responder tanto a la esencia inmutable del hombre como a las condiciones peculiares del Continente. Contemplad pues con optimismo el dilatado campo que se ofrece a vuestros trabajos, y con esforzado ánimo poned toda vuestra diligencia en hacer cada día más brillante y esplendorosa esta antorcha que de vuestros mayores recibisteis.

Bien comprendo cuán desproporcionada a tu gloria ha sido esta mezquina oración con que, rompiendo mi largo silencio, quise honrarte, amada y presti-

giosa Universidad, movido de mi devoción filial. Si para ello me han faltado palabras, bien puedes ver en cambio la calurosa sinceridad de los votos que hago porque crezcas cada día en saber y en maestros. En lo que a mí concierne, atiende también al deseo que me anima de volver a tu seno algún día, favorecido de cierto derecho de postliminio, para servirte de nuevo en mis cátedras tan añoradas de filosofía griega y derecho internacional. Y por ahora, mientras peregrino lejos de ti, adscrito a graves deberes, y con la nostalgia que desde el extranjero siento por mi vida anterior, quede esta consagración que te hago, en cualquier parte donde estuviere, de todas mis energías y de lo que pudiere haber en mí de entendimiento y doctrina.

Ni por un millón de pesos podría Ud. comprar una botella de cerveza más sabrosa que CARTA BLANCA

y la mejor cerveza de América